

BIOPOLÍTICAS DE LA INTERPRETACIÓN

Julieta Yelin (UNR-CONICET)¹

Resumen: El presente artículo se propone examinar el potencial teórico de los diálogos que se comienzan a establecer entre crítica literaria y pensamiento biopolítico, tomando como eje del análisis una reconsideración del concepto de interpretación. Para ello, se analiza el giro dado por el pensamiento de Michel Foucault hacia principios de los años setenta, momento en que la noción de vida pasa a ocupar un lugar central, dejando en segundo plano el estudio de la literatura en tanto disciplina específica. De esa transformación se puede derivar un modo particular de aproximación a las creaciones –literarias y artísticas en general– que podría ser definido como una biopolítica de la interpretación.

Palabras clave: Literatura; vida; interpretación; biopolítica; biopoética.

I. La resistencia biopoética

El objetivo de estas páginas es continuar poniendo a prueba una hipótesis formulada en un trabajo reciente, referida a las tensiones producidas entre las nociones de vida, política y literatura en el contexto de la obra del llamado “último Foucault”.² El objetivo es abordar sus efectos sobre una serie de transformaciones teórico-metodológicas producidas por una vertiente de la crítica literaria que ensaya la lectura de textos con la lente del pensamiento biopolítico. En el artículo que menciono como antecedente de este trabajo me preguntaba, concretamente, si el giro foucaultiano hacia la teoría biopolítica de mediados de la década del setenta, movimiento contemporáneo del abandono de la literatura como objeto crítico, tenía como efecto un distanciamiento de la esfera artística o si, en cambio – y he aquí la

¹ Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Dra. en Humanidades con mención en Literatura por la Universidad Nacional de Rosario. E-mail: julietayelin@conicet.gov.ar.

² “Biopoéticas para las biopolíticas. Una introducción”. *Uni(+di)versidad* 3. En prensa.

hipótesis en cuestión –, habilitaba una reflexión sobre esos fenómenos desde un punto de vista desplazado; una suerte de estrategia de resistencia al modo de lectura propio de la tradición humanista que, apartándose de las modas críticas imperantes, rescataba la interpretación como forma de intervención y pugna por el sentido, haciendo efectivo, en ese mismo gesto, el potencial transformador de toda creación. A ese nuevo intento de resistencia – que, en efecto, puede ser entendido como la reorientación de una voluntad de pensamiento antihumanista que atraviesa toda su obra– le dimos de manera provisoria el nombre de biopoética:³ una forma particular de entender el trabajo artístico –en nuestro caso, literario– que, a la luz de los aportes teóricos fundamentales de la biopolítica, propone contextualizar las nociones de escritura y lectura en el marco de la redefinición de las relaciones entre vida, arte y política.⁴

Como perspectiva y como herramienta crítica, la biopoética nos podría servir, entonces, para abordar aquellas intervenciones –ficionales o metaficionales– que analizan la dimensión creadora de lo viviente y, en sentido inverso, de aquello que vive – es decir, que resiste la matriz humana – en las creaciones. Si la biopolítica señala para Foucault – de modo general y pese a las variaciones y matices que se pueden hallar en los diferentes contextos de su producción –⁵ una reconfiguración de

³ Es importante señalar que la noción que intentamos delinear no se emparenta con la de “biopoetics” tal como ha sido definida en el marco de los estudios literarios anglosajones, especialmente norteamericanos (véase Cooke, Brett y Frederick Turner. *Biopoetics. Evolutionary Explorations in the Arts*. Paragon House, 1999). En dicho contexto, el concepto refiere a una rama de la crítica literaria que se dedica a estudiar las influencias biológicas en la elaboración y la recepción de las diversas disciplinas artísticas y, por tal motivo, es considerada como una subdisciplina de la sociobiología y de la psicología evolutiva. Tal como se verá en el desarrollo de nuestro trabajo, la noción de biopoética que procuramos delinear se distancia, e incluso se opone a los postulados que sostienen la disciplina mencionada.

⁴ En la entrada “Arte” del *Diccionario Foucault*, Judith Revel se detiene precisamente en ese momento de transición en el que el pensamiento foucaultiano se aleja del campo literario para abocarse al terreno de lo político. Revel señala, sin embargo, una serie de continuidades teóricas que considera relevantes: en primer lugar, el hecho de que el par *dispositivos de poder/estrategias de resistencia*, fundamental en los análisis de carácter político, “es en rigor un calco del par orden discursivo/experiencias transgresoras del lenguaje” (97) que caracterizó los trabajos de Foucault en la década de 1960. Revel subraya, asimismo, que en ambos casos se trata de fuerzas que no se excluyen ni se niegan unas a otras sino que, por el contrario, se alimentan mutuamente: “una relación de identificación y puesta en orden, por un lado, y una práctica de sustracción o de rechazo de ese orden, por otro, se construyen una a través de otra: el poder y la libertad no se oponen de manera frontal, sino que se interpenetran y se nutren recíprocamente”. Por otro lado, el abandono de la literatura –y, de modo más general, de la esfera del discurso– como objeto de investigación podría leerse como la equiparación de lo discursivo con otros tipos de relaciones de poder (y, por tanto, de estrategias de resistencia): “La palabra literaria, ya sea un instrumento dócil del saber académico o un medio de impugnación de éste, no es más que una posibilidad de experimentación, pero habría que sumarle el uso de los cuerpos, la relación consigo y con los otros, cierto uso de la conflictividad, etc. En consecuencia, no desaparece verdaderamente: solo se integra a un campo más amplio”.

⁵ Siguiendo a Thomas Lemke (*Biopolitik zur Einführung*), Vanessa Lemm sintetiza los tres sentidos en los que Foucault utiliza el término biopolítica: en *La historia de la sexualidad* (1976) lo hace para “definir un punto de inflexión en la historia del pensamiento político de Occidente que se manifiesta, a principios del siglo XVII, como una transformación radical del concepto tradicional de poder soberano”; en el curso que dictó en el Collège de France entre 1975 y 1976 (editado bajo el título *Defender la sociedad*) toma el término “para referirse a las tecnologías y discursos que juegan un papel central en la emergencia del racismo moderno” y, finalmente, en tercer lugar, en las clases de 1977-1978 (editadas bajo el título *Seguridad, territorio, población*), y las de 1979, recogidas en el libro *Nacimiento de la*

la relación entre vida y política, es decir, el surgimiento de un sistema de regulación por el cual la vida y sus mecanismos entran “en el dominio de los cálculos explícitos” de la política, convirtiendo “al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana” (Foucault 2002: 135), la biopoética nombraría una redefinición del vínculo entre vida y literatura que, a contramano de la biopolítica, desregula las formas convencionales de discriminar y organizar lo viviente. Es decir, una forma específica de encuentro con y de resistencia al biopoder, entendiendo a este último como una fuerza que afecta no sólo, evidentemente, las formas de vida de las sociedades, sino también sus modos de representación e imaginación.⁶ Existen numerosos debates acerca de los alcances de la biopolítica como máquina de gestión de la vida, de control de las poblaciones y de producción de formas de individuación, pero apenas comienza a estudiarse la gramática que rige las ficciones de la vida y los discursos que imprimen sobre la literatura los modelos de esas mismas lógicas. Apenas empieza a emerger, asimismo, un discurso que repara en las escrituras que desafían esas formas de imaginación literaria y que apuestan por avanzar en la penumbra en lugar de contentarse con encontrar aquello que buscaban. Si algo tienen en común esas prácticas críticas con sus objetos de estudio es la confianza en la labor autopoética, en la idea de que la creación, en tanto relación de intimidad con la animalidad – volveremos sobre esto enseguida –, se impone como un inevitable diálogo con lo desconocido.

El trabajo biopoético, así, ya sea que se materialice en la escritura literaria o en la labor crítica, podría ser identificado con aquello que Foucault llamó “contraconductas”: formas de resistencia a la regulación biopolítica que se orientan a la búsqueda de maneras singulares de conducir la propia vida. La concepción y efectuación de esa fuerza, que contrarresta los procesos de individualización por medio de un cultivo y un cuidado de sí que redefine el estatus de la animalidad del ser humano (Lemm 2013: 178) es lo que se ha dado en llamar “biopolítica afirmativa”. La biopoética quedaría, por tanto, enlazada al programa de esa biopolítica afirmativa, concibiendo todo trabajo artístico como una exploración de los lazos entre lo humano y lo animal o, en otras palabras, como una indagación de lo viviente por fuera de las taxonomías impuestas por los discursos antropocéntricos. Una indagación que parte de la premisa de que el artista no es un sujeto que se ha sobrepuesto a su condición animal sino más bien un animal que es capaz de crear pese al proceso de humanización que está siempre disciplinando – nombrando, individualizando, jerarquizando – su particular forma de vida.

Hay un punto fundamental de la argumentación de Foucault en la articulación entre constitución subjetiva y creatividad que, al invertir la relación causal entre ambas, explica claramente lo que acabamos de exponer: no se trata, en efecto, de referir la actividad creativa de una persona al tipo de relación que mantiene consigo misma, sino de vincular el tipo de relación que mantiene consigo misma a una

biopolítica, utiliza el concepto para describir “la forma de racionalidad política que está en juego en el tipo de gubernamentalidad liberal” (Lemm 2013: 172).

⁶ Cabe precisar aquí que la noción de biopoder, tal como se desprende del trabajo de Foucault, no refiere al poder de legislar o de crear soberanía sino a una forma estratégica de coordinar una serie de relaciones de poder dirigidas a que los vivientes produzcan. Por eso para Foucault es relevante que la entrada de la vida en la historia coincida con el surgimiento del sistema de producción capitalista; la biopolítica es, en este sentido, bioeconomía, economía de la vida. Para un desarrollo de esta cuestión véanse Lazzarato (2000) y Vaccaro (2010).

actividad creativa (1997: 262). La idea de que la subjetividad es efecto de un proceso constante y siempre inacabado de autoconstitución, y de que ese proceso supone el contacto con zonas vitales que no han sido formateadas por la matriz humana, sitúa a la lectura y a la escritura más allá del dominio de la estética – disciplina arraigada de la idea de que existen valores humanos no sometidos a la lucha por el sentido, que no es otra que la batalla interpretativa –, al tiempo que plantea la necesidad de encontrar las preguntas adecuadas para interrogar los objetos literarios. Algunas de ellas, y tal vez las que más relevancia tengan para el estado actual de nuestro campo de estudio, son ¿cómo concebir herramientas críticas que permitan percibir en los textos la emergencia de la vida como proceso, como creación incesante, visibilizando así el potencial transformador de la literatura?, ¿cómo hacer para contrarrestar el hábito disciplinar que nos hace recorrer una y otra vez los mismos caminos?, ¿cómo, en definitiva, hacer de nuestra práctica crítica una tarea también creadora? Y también, por otro lado, ¿qué tipo de relaciones se pueden establecer entre los textos literarios y las constricciones de los biopoderes, evitando recaer en las explicaciones miméticas (la escritura como afirmación o resistencia a esas regulaciones)?, y sobre todo: ¿cómo se traducen a las poéticas de la vida?, más concretamente, ¿cómo impregnan los imaginarios que producen las ficciones y qué huellas imprimen en los discursos críticos? Estos interrogantes giran en torno del problema de la interpretación; caída en desgracia desde hace ya varias décadas, esta categoría vuelve a emerger con fuerza en el discurso cada vez que las prácticas artísticas son pensadas en su faceta crítica, recreadora de la vida.

II. Una política de la cultura

En el prólogo al libro de Foucault *Nietzsche, Freud, Marx*,⁷ refiriéndose al célebre ensayo “Contra la interpretación”, en el que Susan Sontag – muy a tono con las corrientes teóricas de los albores de los años sesenta– ensaya un manifiesto antihermenéutico, Eduardo Grüner revisa su propia adhesión a algunos de sus presupuestos fundamentales. Cree, pasadas más de dos décadas y, sobre todo, con la obra de Foucault de por medio, que el entusiasmo formalista le impidió a una buena parte de la crítica pensar un aspecto crucial de la interpretación: que no es posible despegarla de los textos “fuente” para limpiarlos y dejarlos listos para el goce – sensible, erótico dirá Sontag – de su construcción formal. Grüner señala algo que, aunque evidente, ha sido poco considerado en los análisis de la recepción: que esas lecturas – y toma como ejemplo paradigmático el mismo que elige Sontag: Franz Kafka –, cuando son eficaces, no se limitan a traducir una serie de contenidos, simplificando lo complejo mediante el recurso de la explicación, sino que se incorporan a la obra al gravitar sobre su contexto, y, de ese modo, pasan a integrar el conjunto de representaciones simbólicas o imaginarias que constituyen nuestra cultura. No existe un Kafka, para ninguna cultura que se lo haya apropiado, desligado de todas las interpretaciones – simbólicas, históricas, psicoanalíticas– que carga sobre sus hombros y que, al mismo tiempo, hacen de él un intérprete de la

⁷ El título original del texto es *Nietzsche. Cahiers de Royaumont*. El texto de Grüner fue publicado originalmente como prólogo a la edición argentina de este texto (El cielo por asalto, 1994) y recogido luego en el tercer número de la revista cordobesa *Topos y tropos*, en 2004.

sociedad que lo lee. Por eso Grüner sostiene, con Foucault, que la estética es inseparable de la ética y de la política, “en el sentido preciso de un *Ethos* cultural que se inscribe (conscientemente o no) en la obra, y del cual *forman parte* las interpretaciones de la obra, y de una *politicidad* por la cual la interpretación afecta a la concepción de sí misma que tiene una sociedad” (2004: 2). Tal vez se podría añadir que este tipo de enfoque tiende en última instancia a disolver el campo específico de la estética, o al menos a cuestionar su validez atemporal y universal.

La defensa de la interpretación esbozada por Grüner en el prólogo al texto de Foucault intenta reconstituir los lazos entre las obras artísticas y las prácticas sociales, no en un sentido explicativo de tipo causal, evidentemente, sino otorgándole a esa ligazón un fundamento político, con todos los matices y las complejidades que ello implica. El concepto de interpretación contra el que batallaba Sontag reducía de modo drástico sus poderes, quedando restringido a las esferas de la religión, la pedagogía o cualquier otra modalidad de domesticación textual. La noción de interpretación que se desprende del trabajo foucaultiano puede ser entendida, en cambio, como la intervención en un campo de batalla simbólica del cual, por otra parte, es imposible sustraerse. La sustracción es un ideal imposible, una estrategia de intervención silenciosa, solapada, conservadora. Con las políticas de la interpretación, argumenta Grüner, sucede lo mismo que con la política a secas: o la hacemos nosotros, o nos resignamos a soportar la que hacen los demás (2004: 2).

El giro del pensamiento de Foucault hacia la biopolítica, ligado al crecimiento de su interés por la praxis social y, en una dimensión estrictamente teórica, al abandono del “afuera” como categoría de pensamiento –en virtud de una nueva concepción del discurso y de la subjetividad, que incluirán dentro de sí aquello que antes, en textos sobre la literatura y sobre la locura, era considerado exterior–,⁸ encuentra en esta noción de interpretación a la que alude Grüner un fundamento metodológico crucial. Interpretar será, entonces, intervenir los textos desde adentro para producir nuevos imaginarios, nuevos sistemas simbólicos que doten de sentido las prácticas sociales; entendiendo que en el pensamiento de Foucault la producción artística representa, al mismo tiempo y de manera indisoluble, un gesto creador y la fijación de modos de sujeción o de dispositivos de poder/saber. Por eso, una vez que se ha abandonado la idea de una “omnipotencia subversiva de ciertos gestos artísticos – o de una especie de exterioridad radical, de *afuera* absoluto de la palabra transgresora de los literatos” (Revel 31), es posible reconsiderar a la literatura como un proceso de creación en el marco de una economía más amplia de los saberes, las representaciones y los códigos que organizan nuestra relación con el mundo. La acción transformadora no debe ser pensada, así, como un objetivo de la interpretación, sino como su condición misma de posibilidad: porque la realidad es transformable es posible seguir interpretando y no a la inversa. “Toda la riqueza de la noción de *praxis* está contenida en esta idea de que la interpretación puede ser una herramienta de *crítica*, de ‘puesta en crisis’ de las estructuras materiales y simbólicas de una sociedad, en polémica con otras interpretaciones que buscan consolidarlas en su inercia” (Grüner 2004: 2).

A la luz de estas ideas, la propuesta de una lectura biopoética, de una interpretación de textos críticos y ficcionales en los que los regímenes de verdad a los que es sometida la noción de vida son resistidos o cuestionados, se articula de modo

⁸ Véanse Pál Pelbart 2009 y Revel 2009 (17-18).

coherente con el devenir del último pensamiento foucaultiano. Y nos permite utilizar dicho derrotero como hoja de ruta para analizar las biopolíticas de la interpretación; para entender cómo son cuestionados, desde qué presupuestos y con qué categorías teóricas, los basamentos que sostienen la política general de verdad que rige nuestras concepciones de la vida. Las biopoéticas son, en este sentido, estrategias – conscientes o inconscientes – de resistencia a los saberes que una sociedad tiene acerca de la vida; desafían, por empezar, su nominación, cambiándola por la fórmula “formas de vida”: modos de subjetivación que se construyen como respuesta o elusión de la impronta de los biopoderes. Por eso nos parece relevante que la noción de biopoética albergue dentro de sí tanto las prácticas de lectura crítica como las de escritura poética y ficcional, entendiendo que toda forma de libertad, de capacidad de transformación, supone una intervención política – biopolítica – sobre el sentido, y ésta puede llevarse a cabo desde ambos lados de la letra; desde este punto de vista, leer y escribir son ejercicios indiscernibles.

En el marco de lo que Vanessa Lemmllama, siguiendo a Nietzsche, “política de la cultura”, la biopoética tiene como objetivo, entonces, cultivar formas de sociabilidad a partir de prácticas basadas en el cuidado de sí, esto es, en la liberación cultural de la vida animal. Lemm enfatiza que la idea de liberación cultural de la vida animal no presupone en absoluto la existencia de “una naturaleza humana que ha sido alienada, reprimida o negada a través de procesos históricos, económicos y sociales, y que por lo tanto requiere ser liberada para reconciliar al ser humano con su naturaleza animal perdida” (188). Por el contrario, lo que Nietzsche considera como “liberación cultural” – y que Foucault conceptualiza como “resistencia” o “contraconducta” – implica el rechazo de la idea de que el ser humano tiene una naturaleza: “Cuando Nietzsche prescribe ‘un retorno a la naturaleza’ como una “cura de la civilización” se refiere a una cura de la creencia de que el ser humano posee siempre ya una naturaleza fija y estable”. Lo propiamente humano no sería, así, la capacidad de diferenciarse del animal sino la condición de vivir abrevando en él para transformarse y transformar el mundo que habita.

Las reflexiones de Foucault en torno a la subjetividad como proceso de autoconstitución y su idea de que la única manera de resistir la violencia disciplinadora de los biopoderes es a través del cuidado de sí, es decir, por medio de un cultivo de la existencia del ser humano en tanto animal viviente y creador, se enlazan de modo coherente con estas premisas nietzscheanas; la subjetivación es un movimiento continuo de apertura hacia la otredad animal. Esa apertura es una forma de cultivo de la creatividad, que es la condición de posibilidad de la cultura; por eso cultura y creatividad están, tanto en el pensamiento de Nietzsche como en el de Foucault, íntimamente vinculadas a la animalidad. La biopoética como disciplina de conocimiento asume, así, la perspectiva de una política de la cultura (Lemm), entendiendo que la vida humana es inseparable de las demás formas de vida y que de esa relación nacen todas sus potencias. En efecto, sin el antagonismo que se genera entre las diversas formas de vida es imposible generar la propia. La política de la cultura es, en este sentido, una forma elemental de creación y resistencia.

El antagonismo es un núcleo crucial para comprender la tarea de la biopoética, que se plantea como propias las dos tareas fundamentales que Nietzsche le asigna a la cultura: por un lado, una tarea crítica, consistente en mostrar que los procesos de civilización –la racionalización, la moralización, el disciplinamiento, en fin, la

humanización del ser humano- actúan por medio de técnicas violentas de extirpación o negación de la animalidad del ser humano. El objetivo es hacer visibles los mecanismos simbólicos y los procedimientos de representación mediante los cuales la vida es domesticada. Por otro lado, existe una tarea afirmativa o creadora, que consiste en generar formas de vida y de pensamiento que participen de la animalidad en lugar de desvincularlas de la misma; que conecten pensamiento, conocimiento y creación con la animalidad. Desde el punto de vista de la biopoética, esta segunda tarea corresponde fundamentalmente a la literatura, mientras que la primera estaría reservada a la crítica literaria.

Una biopolítica de la interpretación tiene que revisar, en consecuencia, todo el sistema de convenciones que sostienen la relación entre escritor y texto, entre texto y lector, entre escritor y lector. Entendiendo no sólo que aquellos que escriben y leen son vivientes animales y, por tanto, su relación con los textos está atravesada por corrientes afectivas, libidinales e irracionales, sino también asumiendo que las creaciones no pueden seguir siendo sometidas de modo acrítico a valoraciones provenientes del corpus teórico de la estética o de la filosofía de cuño antropocéntrico, idealizadoras y amansadoras del sentido; que es necesario intervenir creando categorías y metodologías de análisis orientadas a des totalizar los regímenes de verdad institucionalizados por las culturas, y a retotalizarlos oponiéndolos a otras estrategias interpretativas. Estrategias biopoéticas que rechacen también los regímenes de explotación económica y simbólica de la biopolítica a través de una búsqueda sensible de lo que excede, lo que no se ajusta ya sea por múltiple o inacabado, en fin, de aquello que desafía el orden instituido de las palabras y las cosas. Se crearán, así, otras genealogías de la literatura y de sus relaciones con lo viviente que abrirán nuevos caminos.⁹

III. La crítica literaria y el discurso de la especie

Durante siglos - digamos, para ser más rigurosos, hasta la difusión de los desarrollos de la teoría literaria promediando el siglo XX - la presencia de animales y de lo animal en la literatura fue leída en términos metafóricos o alegóricos, sin otra proyección crítica que la exégesis moral o la aplicación pedagógica. Esas interpretaciones se enmarcaban en un contexto más general de confianza en la capacidad del discurso literario para transmitir mensajes y actuar con ellos sobre la realidad - histórico-social, política, y también literaria: los géneros, las instituciones en las que éstos se despliegan, los modos de transmisión -, fe que fue perdiendo adeptos con la ruptura provocada por la irrupción de las vanguardias y los primeros avances de la teoría - lingüística y psicoanalítica - en las primeras décadas del siglo veinte y que alcanzó, como decíamos, un consenso más amplio hacia la década del sesenta del siglo pasado. En el ámbito de la literatura animal, el proceso es contemporáneo de esos cambios, pero tiene algunos rasgos específicos que atañen a la propia tradición y al desarrollo de nuevas disciplinas científicas, como la etología, la psicología comparada o la ecología. No me detendré aquí en la transformación de

⁹ Un buen ejemplo de este tipo de trabajo crítico es la genealogía trazada por Margot Norris (1985), en la que enlaza las trayectorias intelectuales y artísticas de Darwin, Nietzsche, Kafka, Ernst y Lawrence a través de la construcción de un paradigma de pensamiento y creación que denomina "biocéntrico".

los modos de lectura de la zooliteratura, en cuyo acontecer tuvo una enorme influencia la escritura – y, por supuesto, las lecturas adheridas a ella– de Franz Kafka, a las que dediqué otros trabajos,¹⁰ pero sí me interesa subrayar que para que el modelo del animal-metáfora cayera en desgracia fue decisivo que en el ámbito de la filosofía se llevara adelante un cuestionamiento de lo que Cary Wolfe ha llamado el “discurso de la especie” y la consecuente apertura de un campo de reflexión en torno a lo viviente que generó diversas transformaciones conceptuales. Movimientos que generaron lecturas en las que se privilegia la exploración y el análisis de los procedimientos con los que las ficciones ponen imágenes y palabras a la continuidad que existe entre todas las formas de vida.¹¹

Por eso la corriente filosófica posthumanista y la crítica literaria que dialoga con ella comparten un campo de preocupaciones y un objetivo común: mapear, a través de la recreación de imágenes y conceptos, las zonas de permeabilidad que horadan las particiones del mundo viviente, es decir, la taxonomía fundadora de las especies. Esas zonas de indecidibilidad están arraigadas en la estructuración misma del lenguaje, en la imposibilidad material de decir las diferencias de una vez y para siempre –allí las buscan la filosofía y la lingüística–, pero también participan del despliegue narrativo en las ficciones: cada vez que un relato se propone narrar *una* vida, se ponen en cuestión todas las fronteras imaginarias que la separan del resto de los vivientes; a la fuerza del imaginario *especista* se oponen los poderes disolutivos de la ambigüedad propia de toda figuración. Las narraciones son entendidas, así, como zonas de integración en la que el lenguaje opera sobre las percepciones de la vida de las especies; a través de procedimientos que ponen de manifiesto la indecidibilidad inherente a la naturaleza retórica del lenguaje, las ficciones exploran las posibilidades de las formas de vida humana, extendiendo sus confines hasta hacerlos converger con formas de vida no humanas. Narración y ficcionalización pueden ser entendidas, desde el punto de vista de la interpretación biopoética, como máquinas que exponen procesos de subjetivación y desubjetivación, sometiendo a sus lectores a esos mismos procesos.

Precisamente en esa función reside uno de los poderes más relevantes de intervención política – zoopolítica – de la literatura–; en cada lectura se pone en juego la integridad del sistema y, con él, de las leyes que lo rigen, ordenan y sostienen en el tiempo.

En diálogo con el discurso de la biopolítica – o tal vez sería más acertado decir, siguiendo a Salvo Vaccaro, de la zoopolítica –,¹² la crítica literaria parece haber comprendido que las ficciones son muy importantes a la hora de elaborar hipótesis y teorizar sobre la transformación conceptual que está aconteciendo, es decir, que no

¹⁰ “Kafka y el ocaso de la metáfora animal. Notas sobre la voz narradora en ‘Investigaciones de un perro’”. *Anclajes* 15, Instituto de Análisis Semiótico del Discurso, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa; “Hablar el animal. Las performances kafkianas”. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* 23, Universidad de Zaragoza; “Para una teoría literaria posthumanista. La crítica en la trama de debates sobre la cuestión animal”. *E-misférica* 10.1. Hemispheric Institute of Performance and Politics, New York University.

¹¹ Véanse, a modo de ejemplo, los trabajos recientes de Susan McHugh (2011), Ron Broglio (2011) y Steve Baker (2013).

¹² “[...] la respuesta al interrogante *¿qué vida?*, reflejado en el ambiguo binomio léxico *zoé/bíos*, puede articularse a través de un recorrido zoopolítico en cuyo horizonte se encuentra la desustantivación de la vida a través de una reelaboración de la *zoé* como lema ocasional del viviente” (Vaccaro 2011: 27).

son ilustrativas de una u otra concepción filosófica de lo viviente sino que más bien pueden deconstruir los hábitos disciplinares a través de sus estrategias metonímicas (McHugh 218); estudiar cómo se elabora en cada caso el imaginario *humanimal*, qué estrategias narrativas utilizan, qué tipos de narradores las implementan, y también de qué modo la crítica se enfrenta a ellas, con qué herramientas, apelando a qué tradiciones de pensamiento y mediante qué formas discursivas. Se trata, en fin, de bucear en las ficciones y en las lecturas críticas que las impregnan para rastrear emergencias de los aspectos inhumanos del lenguaje, del arte, de las formas sociales. Así será posible de formular, de modo colectivo y progresivo, una serie de conceptos que nos permitan elaborar una perspectiva biopoética – y, por qué no, zoopoética – de la literatura y de la crítica literaria. Una biopolítica y una zoopolítica de la interpretación que no sólo nos permitirán entender mejor cómo funciona el lenguaje literario, sino también conocer, oír, comprender el lenguaje de otras formas de vida. Susan McHugh imagina una “etología narrativa” como efecto de un nuevo modo de comprender las relaciones entre las especies y de descubrir cuál es el aporte que la crítica literaria puede hacer al campo interdisciplinario de los *animal studies*. “Vale la pena preguntarse – dice – qué tipos de conocimiento podremos, como humanos, llegar a tener de otras especies”. Y en esa pregunta resuena el interrogante sobre los métodos, las teorías y las disciplinas. No se trata ya sólo – aunque en ese terreno queda también mucho por investigar – de comprender los lenguajes de los animales, ni de cotejar y traducir sus hábitos y sus formas de vida al código moral humanista, sino de encontrar el lenguaje humano adecuado para hablar de (y a) la animalidad.

Si los esbozos venideros de una historia del agenciamiento animal en la literatura muestran cómo tales auto-cuestionamientos se producen gracias al descubrimiento de qué sucede cuando dejamos de estudiar a los animales con una metodología establecida o con sistemas de valores predeterminados, para imaginarnos a nosotros mismos trabajando con (e incluso contra) la formulación de un nuevo campo discursivo que reúna complejas y diversas construcciones y métodos para estudiar a (y con) los animales, entonces la necesidad de una etología narrativa se muestra más evidente. Producciones más abarcadoras y análisis que sigan estos lineamientos pueden socavar los compromisos con las formas disciplinares de conocimiento al tiempo que ofrecen el mejor argumento en favor de la relevancia de los sentimientos de animales, humanos y demás seres implicados en las relaciones de compañía inter-especies (McHugh 2011: 23).¹³

Las narraciones de animales, las narraciones en las que los humanos experimentan con la propia animalidad y las lecturas que entienden esas narraciones como formas de conocer y de teorizar acerca de animalidad, dicen mucho sobre cómo los humanos nos contamos a nosotros mismos los secretos de nuestra vida animal y, sobre todo, nos hablan de ese resto, de ese exceso de vida que no se deja narrar y que, sin embargo, está presente en cada una de las ficciones. El “giro ético” producido en el ámbito de las humanidades –tal vez sería mejor decir: de las posthumanidades – no es sino la voluntad de crear una biopolítica de la interpretación que explore las formas de vida que emergen en las narraciones y la

¹³ La traducción es nuestra.

huella que éstas pueden imprimir sobre las modalidades de regulación y manipulación de la vida en nuestras sociedades. El relato de la vida-exceso, en contraposición a la vida cosificada y objeto de consumo puede ser una forma potente de intervención en la contienda contra el humanismo. Una contienda en la que, por cierto, están en juego una infinidad de vidas y cuyo blanco es, precisamente, el discurso de la especie. Domesticador, moralizante, reductor de sentido, reproduce la ideología de la desigualdad no importa el campo al que se aplique; ya se trate del mundo natural, de las relaciones hombre-animal, de los vínculos entre las diversas sociedades humanas o los que se establecen al interior de las mismas, el discurso de la especie aparece allí con su talante científico para justificar el dominio, la explotación e incluso el exterminio. Como la metáfora es su procedimiento fundamental, sólo puede ser enfrentado mediante estrategias metonímicas: si la metáfora tiende a la conservación del sentido (el ritual, el mito), la metonimia como forma de progresión no regulada, habilita el cambio, el devenir, la progresión.¹⁴ Las narraciones son, por esa razón, el lugar en donde puede tomar forma un discurso de la interespecie, es decir, el de un saber acerca de las relaciones entre las formas de vida que no parte de la segmentación sino de la continuidad y la integración.

Uno de los aportes más importantes que el pensamiento de Foucault puede hacer hoy al discurso de la crítica literaria es el cuestionamiento de los fundamentos estéticos que sostienen la “dignidad” del objeto literario – anclada, claro está, en una teoría de la subjetividad –, lo cual no implica en modo alguno su desaparición, sino una reelaboración desde la perspectiva de los procesos vitales de subjetivación. En los últimos años de su vida, después de hacer un análisis pormenorizado de los dispositivos de poder, Foucault se abocó a redefinir los biopoderes para crear un espacio de resistencia activa: “donde la vida es presa de los procedimientos de gestión y control, explotación y captación, puede, al contrario, afirmar lo que ningún poder poseerá jamás: su propia potencia de creación” (Revel 2009: 133). La oposición entre poder y potencia –que, como observa Revel, no es explicitada en la obra de Foucault pero sí en la de Deleuze de esos mismos años– tiene su testimonio, pese a todo, en el valor que el pensador le dio a las nociones de creación y de invención: “Mientras que el poder *se aplica* a la vida, la vida, por su parte, *innova*; mientras que el poder sujeta la vida, ésta resiste mediante una estrategia que es a la vez ontológica y política: una creación, un incremento de ser”. La posibilidad de “hacer de la propia vida una obra de arte” – vale decir, alimentar una relación consigo mismo que propicie la invención de nuevas formas de vida en la sociedad, el arte, la cultura – tiene para la crítica un valor programático: ojalá sea posible encontrar en los textos literarios y en las lecturas a ellos adheridas las huellas de aquellos movimientos creadores. De esos hallazgos nacerán y se recrearán conceptos que alimentarán nuestras biopolíticas de la interpretación, manteniéndolas vivas.

¹⁴ “¿No hay que admitir que el mito como marco de clasificación no es muy capaz de registrar esos devenires, que son más bien como fragmentos de un cuento? ¿No hay que dar crédito a la hipótesis de Duvignaud según la cual las sociedades están atravesadas por fenómenos ‘anómicos’, que no son degradaciones del orden mítico, sino dinanismos irreductibles que trazan líneas de fuga, e implican otras formas de expresión que las del mito, incluso si éste las repite por su cuenta para detenerlas?” (Deleuze ; Guattari 244). (Deleuze ; Guattari se refieren al libro *L'Anomie, hérésie et subversion* de Jean Duvignaud).

BIOPOLITICS OF INTERPRETATION

Abstract: This paper proposes to examine the theoretical potential of the dialogues starting to take place between literary criticism and biopolitical thought, taking a reconsideration of the concept of interpretation as the axis of analysis. To do that, we analyze the turn made by Michel Foucault's thought at the beginning of the 1970s, moment in which the notion of life begins to occupy a central place, putting in the background the study of literature as a specific discipline. From this transformation, a particular way of approaching creations – literary and artistic in general – can be derived, and defined as a biopolitics of interpretation.

Keywords: Literature; life; interpretation; biopolitics; biopoetics .

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAKER, Steve. *Artist/Animal*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013.

BROGLIO, Ron. *Surface Encounters. Thinking With Animals and Art*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2011.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. 1730. Devenir-intenso, devenir-animal, devenir-imperceptible... In: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 1988, p. 239-315.

FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

_____. On the Genealogy of Ethics: An Overview of Work in Progress. In: RABINOW, Paul (ed.). *Ethics: Subjectivity and Truth. The Essentials Works of Michel Foucault 1954-1984*, vol. 1. New York: The New Press, 1997.

GRÜNER, Eduardo. Foucault: una política de la interpretación. In: *Topos y tropos 3*, 2004, p. 1-9.

LAZZARATO, Mauricio. Du biopouvoir à la biopolitique. *Multitudes. Revue politique, artistique, philosophique* 1, 2000. Disponível em: <<http://www.multitudes.net/Du-biopouvoir-a-la-biopolitique>>. Acesso em: 20 mar. 2015.

LEMM, Vanessa. Nietzsche y el umbral biológico de la política moderna. Foucault y la cuestión animal. *Nietzsche y el pensamiento político contemporáneo*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2013.

McHUGH, Susan. *Animal Stories. Narrating Across Species Lines*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2011.

NORRIS, Margot. *Beasts of Modern Imagination. Darwin, Nietzsche, Kafka, Ernst, & Lawrence*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1985.

PÁL PELBART, Peter. O lugar da literatura na obra de Foucault. *Cult*, n. 134, 2009. Disponível em: <<http://revistacult.uol.com.br/home/2010/03/fala-dos-confins>>. Acesso em: 17 set. 2015.

REVEL, Judith. *Diccionario Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2009.

VACCARO, Salvo. Biopolítica y zoopolítica. [*La Torre del Virrey: revista de estudios culturales*](#), n. 9, p. 25-33, 2010.

WOLFE, Cary. *Animal Rites. American Culture, the Discourse of Species and Posthumanist Theory*. Chicago: University of Chicago Press, 2003.

ARTIGO RECEBIDO EM 29/02/2016 E APROVADO EM 11/05/2016